Conclusiones

En estas páginas se ha desarrollado una constatación sencilla: la estupidez forma parte de la experiencia humana ordinaria y, sin embargo, apenas forma parte de la reflexión pedagógica. Su presencia en la vida personal, social e institucional ha sido reconocida reiteradamente por autores tan diversos como Zhuang Zi (1996), Séneca (2012), Erasmo de Rotterdam (1999), Musil (2007), Erdmann (2007), Bonhoeffer (2018), Cipolla (1988) o Gómez Ramos (2014). Sin embargo, rara vez ha sido objeto explícito de estudio de la Pedagogía o, menos aún, de la Didáctica General. Este hecho constituye el principal problema abordado por el ensayo.

Lo central no ha sido determinar quién o qué es estúpido, ni elaborar una taxonomía de expresiones de estupidez. El objetivo ha sido comprender su significado educativo, habilitar la estupidez para aquellas ciencias de la educación y valorar las consecuencias de su escasa presencia en el pensamiento y en la práctica pedagógica.

Del trabajo se desprenden algunas conclusiones principales.

La primera es que la estupidez no puede interpretarse adecuadamente como simple falta de inteligencia o como ausencia de conocimientos. De hecho, Erdmann (2007), Musil (2007) o Cipolla (1988) coinciden en que inteligencia y estupidez no son fenómenos incompatibles ni opuestos. Por eso, personas altamente cualificadas, instruidas, competentes y tituladas pueden actuar estúpidamente, y otras con capacidades intelectuales ordinarias pueden manifestar sensatez y madurez. La cuestión tampoco parece depender de cuánto se sabe algo, sino de cómo se utiliza la razón y de qué modo se relaciona ese conocimiento con la realidad.

Desde el ERI se fundamenta la hipótesis de que la estupidez depende más del ego, raíz de la inmadurez adulta (Herrán, 1997; Osho, 2004). Esta observación es compatible y mantiene una estrecha relación con la noción de “discapacidad intelectual común”, propia de la conciencia ordinaria, propuesta desde una ampliación radical de la educación inclusiva (Herrán, 2026b). Desde esta perspectiva, todos los seres humanos participarían, en alguna medida, de una limitación de la inteligencia y de la conciencia asociada al exceso de egocentrismo, inmadurez y diversos condicionamientos comunes.

La estupidez se interpreta como una manifestación secundaria derivada del ego humano especialmente extendida y relevante. La influencia, el reconocimiento social, el poder, el éxito o la capacidad de condicionar a otros podrían actuar, en determinadas circunstancias, como factores potenciadores o justificadores de egocentrismo y estupidez difíciles de advertir, reconocer autocríticamente y depurar por quienes las experimentan. Ya Neill (1979) observaba que los problemas asociados al ego pueden resultar más frecuentes en personas cuya posición profesional se basaba en la influencia, la autoridad o la comunicación continuada con los demás, como por ejemplo ocurre en profesiones políticas, religiosas, mediáticas, directivas o docentes.

La segunda conclusión es que la estupidez tiene relevancia pedagógica. Su interés educativo radica en describir una realidad humana frecuente y en mostrar la limitación que tiene la formación centrada principalmente en el aprendizaje o adquisición de significados. Con esta perspectiva, la estupidez puede conceptualizarse como una limitación formativa para trascender determinados condicionamientos personales y

colectivos. Con esta mirada, puede entenderse como una victoria de lo accesorio sobre lo esencial, pues altera el sentido de las prioridades, anteponiendo lo secundario a lo relevante y afectando por ello la comprensión.

Esta observación obliga a diferenciar educación y aprendizaje en un sentido básico, pero con frecuencia olvidado: el aprendizaje contribuye a la formación, pero no la agota. A los procesos de adquisición deberían añadirse otros ontológicamente comparables relacionados con la pérdida, el desprendimiento, el descondicionamiento, la desidentificación, la rectificación, la meditación, el crecimiento personal y la evolución de la conciencia. La formación no solo es un estado de conocimiento o saber, precisa de no saber (Herrán, 2018a). Por eso la educación se ha conceptualizado como transformación del ego en conciencia. Esta interpretación converge con las aportaciones de Erdmann (2007), así como con escritos de Krishnamurti (1975, 2008), Herrán (1995, 1997, 1998a, 2025a) o Sabbi (2020a, 2020b). El reconocimiento y superación de aquellos condicionamientos que dificultan una evolución formativa del ego a la conciencia resulta compatible con propuestas orientadas a una comprensión edificadora de la educación, pues sitúan la función de educar más allá de la mera adquisición de conocimientos y la vinculan a procesos formativos orientados al desarrollo y la formación de la persona y el acogimiento edificante del otro (Arboleda, 2019).

La tercera conclusión es que la estupidez puede comprenderse didácticamente como un contexto educativo invisible. Al igual que ocurre con otros temas radicales, universales y perennes, su influencia sobre la educación resulta considerable pese a su escasa presencia en los currículos, en la formación de educadores, en los estudios sobre desarrollo docente e investigación educativa en general o en los discursos y directrices oficiales sobre educación de organismos supranacionales o sistemas educativos. La invisibilidad no implica irrelevancia. Al contrario, constituye una de las razones de su persistencia e influencia.

La cuarta conclusión es que la desconsideración pedagógica de la estupidez puede interpretarse como un error radical de la educación (Herrán & Xu, 2025). No por su excepcionalidad o porque parezca difícil de desentrañar, sino por su expansión formidable en todo lo humano. Es precisamente su carácter cotidiano, ordinario y persistente lo que dificulta su reconocimiento y lo que contribuye a explicar, al menos parcialmente, su exclusión formal de la educación, la enseñanza, la reflexión pedagógica y de los corpus de la Pedagogía y la Didáctica General.

La quinta conclusión refiere a los agentes educativos. La estupidez no constituye un problema que terminalmente afecta sólo al alumnado; tampoco es una realidad que afecte más a determinadas edades. De hecho, satura todos los sectores en la educación: responsables políticos, administraciones educativas, equipos directivos, pedagogos, profesorado, familias, ciudadanía y estudiantes. La perspectiva defendida converge con la advertencia de Noguera-Ramírez (2025), según la cual la educación no puede limitarse a actuar sobre quienes aprenden, sino que ha de examinar críticamente los contextos culturales, sociales e institucionales que condicionan la formación. Adquiere aquí especial relevancia una observación estructural: la estupidez forma parte de la normalidad humana. No define excepciones, sino posibilidades permanentes de desempeoramiento, mejora y cambio educativo radical. Encarnar la estupidez no es un insulto, sino un estado potencialmente reversible vía (auto)formación. De ahí su relevancia pedagógica universal.

La sexta conclusión afecta a los fines de la educación. Si la estupidez se relaciona con el egocentrismo, la inmadurez y la estrechez de conciencia, la respuesta educativa más

prometedora no consiste simplemente en más conocimientos, ni basta con fomentar el pensamiento crítico entendido en sentido restringido. La formación requiere procesos más profundos relacionados con el autoconocimiento, la conciencia de ignorancia, la capacidad de autocrítica y el cambio interior más allá del ego, así como con la comprensión de los condicionamientos propios y ajenos. También requiere apertura a perspectivas más amplias y profundas, vinculadas, en último término, con la evolución de la complejidad-conciencia y con una mayor unidad del ser humano.

Esta observación conduce a una cuestión de alta relevancia epistemológica: si la estupidez afecta directamente a la formación y al desarrollo y evolución de educadores y alumnos, resulta llamativo que apenas guarde relación con los fines educativos consensuados. Sin embargo, su relevancia pedagógica parece difícilmente discutible. De ello se deduce la existencia de una discontinuidad entre los fines habitualmente atribuidos a la educación y algunas de las necesidades formativas más profundas del ser humano. Dicho de otro modo, si fenómenos estrechamente vinculados a la formación permanecen fuera del espectro de los fines educativos explícitos, cabría preguntarse hasta qué punto los considerados 'fines de la educación' son realmente los fines de la educación, si coinciden con sus necesidades más radicales o si, más bien, se relacionan con lo que convencionalmente se ha acordado entender por educación. El problema no pretende ser un juego de palabras. Es un error radical que remite a una posible insuficiencia grave, e incluso invalidez parcial, de los fines educativos vigentes para incorporar determinadas dimensiones formativas fundamentales (Herrán & Xu, 2025).

En este punto, las enseñanzas asociadas a Sócrates (en Platón, 1871), Diógenes de Sinope (Laercio, 2008) o Zhuang Zi (1996) adquieren una relevancia singular. La observación este último, según la cual "saberse idiota es ya no ser tan idiota", resume una intuición pedagógica fundamental: el reconocimiento de las propias limitaciones es la antesala de la (auto)transformación formativa. La estupidez no es, por tanto, lo opuesto a la sabiduría ni comienza necesariamente con la ignorancia. Comienza cuando la ignorancia se ignora a sí misma, comienza con falta de conciencia. Sin embargo, la conciencia, por sí sola, no es suficiente. Como se ha argumentado previamente (Herrán, 1997, 1998a, 2023b), por un lado, pueden coexistir una relativamente alta conciencia subordinada a un alto ego o configurada por él. Por otro, a la visión sigue la acción, en este contexto, la acción consciente o lúcida. En consecuencia, los fines de la educación no deberían orbitar únicamente en la conciencia, sino como evolución vectorial y formativa del ego a la conciencia y, desde ella, hacia formas progresivamente más conscientes de comprensión y acción más y más comprensivas y lúcidas.

Al mismo tiempo, la reflexión desarrollada permite situar esta cuestión en un horizonte formativo más amplio. La relevancia pedagógica de la estupidez remite a procesos de reconocimiento, revisión y transformación de los condicionamientos que limitan la formación. Desde esta perspectiva, la respuesta educativa más profunda frente a la estupidez no radica en saber más, sino en evolucionar formativamente. Esta evolución implica una progresiva transformación del protagonismo del ego en conciencia y, desde ella, una apertura creciente a formas de comprensión menos condicionadas, menos estrechas y más complejas de uno mismo, de los demás y de la realidad. En este sentido, la estupidez no aparece únicamente como un obstáculo para la educación, sino también como una oportunidad para repensar más profundamente qué significa formar y formarse.

Quedan abiertas relevantes líneas de investigación. Será necesario profundizar en el estudio empírico de las relaciones entre estupidez, inmadurez, ego, conciencia, formación docente, liderazgo educativo, ciudadanía y cultura educativa. Del mismo modo,

convendrá examinar con mayor detalle las implicaciones curriculares, didácticas e institucionales de la propuesta, así como sus vínculos con otros ámbitos formativos radicales, transversales o disciplinares.

Mientras tanto, cabe suponer que la educación continuará siendo insuficiente mientras aspire a formar sin reconocer algunas de las principales limitaciones humanas, tanto sociales como personales, que condicionan la formación misma. En el podio de las principales, la estupidez ocupa un lugar singular, por su frecuencia, normalidad, alcance y capacidad de pasar inadvertida. En efecto, resulta llamativo que un fenómeno de tan amplia presencia apenas aparezca de forma explícita o implícita en leyes educativas, currículos, proyectos educativos, las programaciones didácticas, guías docentes o programas de formación y desarrollo docente. Su ausencia documental e institucional contrasta con su presencia diaria en la vida personal y social, lo que contribuye a mantener abierto un importante campo de reflexión, investigación y desarrollo educativo, en el marco de una de las paradojas más llamativas de la educación contemporánea.

Este estudio no ha pretendido recrearse en la estupidez, sino esclarecerla, habilitarla para la Pedagogía y la Didáctica General, disciplinas claves de la educación y la enseñanza, y favorecer su investigación y transferencia educativas. Si bien una parte importante de sus raíces se hunde en la inmadurez, el egocentrismo y la ignorancia ignorada, su superación se apoya en formas más amplias de conciencia capaces de favorecer una formación de mayor calidad y profundidad. Uno de los primeros hitos autoformativos consiste en reconocer su presencia, sus manifestaciones y su alcance en nosotros y en lo propio: grupo, equipo, institución, colectivo, *ismo*… Desde ese reconocimiento, la estupidez puede dejar de ser sólo una limitación insuficientemente comprendida para convertirse en una oportunidad privilegiada de autoformación y evolución personal y social.